

# Los placeres de la libertad de lectura

Cuando era niño vivía en una sociedad gobernada por reglas ineludibles y bastante estrictas, en la que la desobediencia era castigada en el viejo buen estilo prespockiano. Una de tales reglas: la luz en tu cuarto debe ser apagada a las nueve en punto. Los niños deben levantarse a las siete y necesitan diez horas de sueño todas las noches.

Pero allí estaban todos esos libros y simplemente no había tiempo para leerlos. El día infantil, en esa sociedad pretolerante, estaba dividido en: escuela, tarea (supervisada), enseñanza privada para los rapaces ligeramente estúpidos (yo era uno), caminata diaria con la madre para niños enfermizos (yo era uno), desayuno, comida, cena y, finalmente, una hora de lectura antes de ir a dormir, en la cual devoraba mis *Tarzanes* o mis *Capitanes Nemo*. Pero podía leerlos sólo en breves escapadas: debía ocultarlos subrepticamente entre las páginas de algún clásico checo obligatorio considerado apropiado para mi edad, las más de las veces Božena Němcová, romántica del siglo XIX, acerca de cuyas infidelidades matrimoniales corría un rumor en la escuela, lo que era castigable, si alguien te delataba, en el viejo buen estilo prespockiano. En un sillón al otro lado de la mesa del café, Padre estaba ensimismado en sus novelas eróticas de M.B. Böhmel (él no tenía idea de que yo también las inspeccionaba; tenían hermosos títulos —*Los inmorales*, *Vicio*, *Pudor*, *Virilidad*, *El hombre rejuvenecido*, etcétera— pero invariablemente resultaba desilusionante, porque esto era en los días previos a las explicaciones); Madre tejía bajo su lámpara, echando al tiempo un vistazo a mi libro, y por lo tanto yo soñaba la mayor parte del tiempo al Rey de los Monos sobre los rasgos borrosos de la coqueta Dama Victoriana.

¡El gran momento llegaba al apagar las luces! Abridado en mi cama, cubriéndome incluso la cabeza con una sábana, pescaba de abajo del colchón una lámpara eléctrica y entonces me entregaba al gusto de leer, leer, leer. Eventualmente, sobre todo después de medianoche, caía dormido de un verdadero agotamiento placentero.

Desde esas antiguas noches en Náchod he sentido sólo dos veces un placer intenso entre las páginas de los libros. No es que yo —a mi manera indiscriminada— no haya disfrutando la lectura toda mi vida; pero no estoy hablando acerca de lo

que en el lenguaje computarizado de hoy se conoce como “experiencia de lectura”, sino del éxtasis.

En 1960 tuve trato con la muerte durante cuatro meses. Languidecía en el Hospital Motol de Praga por un caso crónico de hepatitis contraído durante una operación de hernia (eran los tiempos prejeringas desechables). En el hospital no había TV ni radio —estar enfermo era considerado un asunto serio, no una oportunidad para gozarla mientras se evitaba el trabajo. Sólo dos acontecimientos perturbaron placenteramente el tedio-leno-de-ansiedad de los largos, severos días. En principio, Checoslovaquia celebraba el ritual conocido como “elecciones”. Todos votaron. Como muchas cosas en los Estados comunistas, acudir a las urnas no es un derecho civil sino una obligación, y nadie está exento. Ni siquiera los enfermos y agónicos en los hospitales. Un día, un comité electoral de dos personas entró en nuestro pabellón con sus dieciocho enfermos, y por poco tiempo tuvimos diversión. La nuestra era naturalmente una sala *infecciosa* y mientras los valientes miembros del comité se apresuraban a pasar de cama en cama con su urna, mostraban síntomas de miedo mortal. Uno de los dos constantemente presionaba su palma sobre nariz y boca, mientras que el otro estiraba su urna con la cara apartada de los amarillos votantes. Obviamente, nadie les dijo que no se puede pescar del aire el microbio de la hepatitis.

Por otra parte, nosotros, los pacientes, conocíamos las formas del microbio. Un doctor chino nos había contado (esto sucedió en los días prerruptura sinosoviética) que lo supo por una doctora norteamericana. Al parece ella había dado una conferencia sobre el tema a los estudiantes y al personal de la Escuela de Medicina de la Universidad de Praga. El chino era un bromista, y quizá nos estaba tomando el pelo; sin embargo, el descubrimiento de la señora sucedió cuando un asunto extravagante tuvo lugar en una unidad del ejército norteamericano y ella, siendo especialista en hepatitis, fue llamada para consulta. En el curso de tres días, una compañía entera cayó enferma de hepatitis. Los anales médicos nunca registraron un caso igual. Ya que tales cosas suelen suceder, de acuerdo al consenso europeo, sólo en Norteamérica, nosotros esperábamos algún tipo de esclarecimiento de la ciencia-ficción, pero todo quedó reducido a una broma práctica bastante vulgar. La compañía, en su mayor parte provincianos de alguna región sureña de los States, habían insultado a su cocinero negro y éste cobró su venganza racial orinándose en su

Josef Škvorecký, novelista y editor, es uno de los más exitosos escritores contemporáneos checos. Entre sus novelas están *El saxofón bajo*, *El clan de los leones*, *El ingeniero de almas*, *Los cobardes* y *Escuadrón blindado*

sopa. Ciertamente, él nunca soñó la venganza tan efectiva que llegaría a ser. Para su crédito debe decirse que él no tenía idea de que padecía hepatitis.

Aparte de estos dos hechos no había nada que pudiera aliviar el peso del aburrimiento. Excepto, esperaba yo, la biblioteca del hospital. Pero la biblioteca era un remanente de la puritana era estalinista y contenía sólo tres tipos de libros: largas filas de Obras Completas de diversos estadistas soviéticos y checoslovacos (sin abrir); volúmenes del temprano realismo socialista checo (abiertos ocasionalmente y cerrados con rapidez) y finalmente clásicos checos y rusos. Saqué prestado un ejemplar de las *Obras selectas breves de L.N. Tolstoi* y guiado por la Ley de Murphy lo abrí en una página que daba la descripción detallada de las últimas horas en la vida de Ivan Ilich. Eso puso fin a mi apetito por leer a los clásicos en el hospital y envié un mensaje a unos amigos para que me proveyeran con libros de posesión privada.

Mis amigos no me abandonaron en mi hora de necesidad. En la medida en que los libros enviados a la sala de infecciones no podrían ser devueltos por mensajeros (se pensaba que eso difundiría el microbio) las únicas obras que mis camaradas estaban dispuestos a compartir conmigo eran de la categoría lectura-ligera. Noventa y nueve por ciento de ellas fueron novelas de detectives.

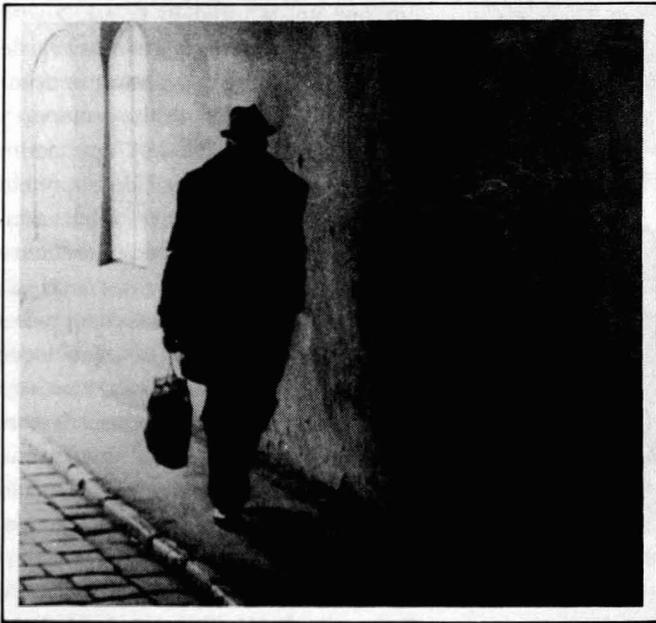
A la sombra de la muerte eso me hizo indiferente a los deberes que me esperaban de regreso en mi lugar de trabajo y me embarqué en el segundo viaje de placer literario de mi vida. ¿Cuántas novelas policiacas absorbí, durante mi estancia de tres meses en el hospital? No lo sé. Por lo menos cien. Muchos Austin Freeman en atroces traducciones de antes de la Guerra, una novela de E. C. Bentley surrealísticamente titulada *El último gabinete de Mr. Trent*, muchos Agatha Christies, Francis Ileses, J. D. Carrs, Rex Stouts y otros en ediciones de bolsillo norteamericanas, *Halcón Maltés* de Hammett, *La dama en el lago* de Chandler... Ante mi limitación en el pabellón de infecciones, tomaba esos libros con un desprecio que probablemente tenía sus orígenes en el padre Melon, nuestro piadoso maestro de religión. Él consideraba pecaminoso leer historias de detectives y nos interrogaba particularmente en el confesionario por si habíamos cometido ese pecado. El pecado cayó bajo la sección "pensamientos impuros". El padre Melon era dichosamente ajeno a la existencia de un Padre Brown y yo le retribuí su amoroso cuidado de mi alma al convertirlo en personaje de algunos de mis libros, incluyendo, Dios me perdone, algunas historias de detectives.

El tercer periodo de placer –incluso ustedes no pueden llamarlo periodo: tan sólo algunos breves momentos gratificantes, con frecuencia separados por años– llegó justo al año siguiente. Después de dos de los más desagradables años en el ejército, obtuve un empleo en la Casa Editora de Ficción, Música y Arte, como semejantes organismos solían llamarse profusamente en los incompetivos años estalinistas. Pensaba que a partir de entonces mi vida se convertiría en una dicha continua, en la que me ganaría la vida ¡tan sólo de leer libros! Lo que no comprendí fue que la elección de esos libros no sería mía. Pero pronto lo descubrí. Pasé el primer par de años hojeando a realistas socialistas de Alemania Oriental y escribiendo

dictámenes sobre su *opera*. En cuanto a la literatura norteamericana ... bueno, *había* placer allí. La casa editora publicaba principalmente clásicos y ya que uno de mis deberes era leer galeras, realicé una lectura minuciosa de *Moby Dick*, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, *La casa de los siete altillos*, *Arthur Gordon Pym* y otros. Esta era una lectura minuciosa en el sentido de atravesar esas obras, en su mayor parte extensas, palabra por palabra, o más precisamente, letra por letra; no en el sentido de escudriñar los textos en busca de Dios sabe qué misterio apropiado para la interpretación. Y en verdad era un placer. (Que fuesen presentados a los consumidores como la crema de la literatura norteamericana contemporánea daba menos gusto.) Durante esos primeros años de mi carrera como editor la crema estuvo aguada. De hecho, sólo cuatro contemporáneos fueron publicados: Howard Fast –pero después de varios pronunciamientos perdió su status de progresista y fue prohibido–, Albert Maltz, Philip Bonoski y V. J. Jerome. Maltz permanece en mi recuerdo cariñoso como uno de esos norteamericanos que protestaron en contra de la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968; Philip Bonoski como uno que, después del mismo hecho, atacó las películas checas de Miloš Forman más fieramente que los estalinistas domésticos. ¿V. J. Jerome? Bueno, incluso compartí una pequeña conspiración con él. Designado como su intérprete en Praga, no sabía que él era el jefe ideológico del Partido Comunista Norteamericano –lo descubrí años después en *Tiempo de canallas* de Lillian Hellman. Así que en realidad no estaba sorprendido cuando la primera cosa que Jerome me pidió fue que lo llevase a alguna tertulia de escritores *underground*. Desconfié de él, puesto que era un maldito yanqui rojillo –hasta donde yo sabía– pero pronto deseché mis reticencias, ya que descubrimos un punto de interés mutuo y eventualmente utilicé a Jerome incluso para mis propios fines. La época debió haber sido los tardíos años cincuenta porque yo había emprendido una infructuosa campaña para convencer a mi editor en jefe de que deberíamos publicar a Dashiell Hammett. Hasta entonces, la campaña no había obtenido resultados porque la perspectiva aún prevaleciente era que la ficción detectivesca norteamericana en su mayor parte se bañaba en sangre, por lo tanto era decadente, aunque sin embargo no reaccionaria por completo. En realidad ese Hammett había sido un tipo viajero y posiblemente un miembro del Partido no prevendría los efectos nocivos que sus sangrientos escritos tendrían en nuestro nuevo hombre socialista. Recuerdo cómo uno de los censores de la editorial obstaculizaba mis esfuerzos cuando atendió el caso y contó todos los asesinatos y asesinatos en *La cosecha roja*. Descubrí 150 atrocidades –casi un cadáver por página– y cómo podía discutir contra semejante prueba tangible de decadencia?

Pues bien, vencí a ese diligente cretino y V. J. Jerome proporcionó las cartas del triunfo. Después de que nos hicimos más amigos, le conté acerca de mis dificultades con Hammett. Se avivó y exclamó como si hubiera recordado un hecho particularmente feliz: "¡Cómo, yo estuve en la cárcel con Dashiell!" Resultó que ambos habían molestado al senador Joe McCarthy y cumplieron condena juntos varios meses, la mayor parte del tiempo jugando ping-pong. De repente me agarró la inspira-

ción. "Oye", le dije a Jerome, "¿estarías dispuesto a escribir una introducción para la edición checa de tres de las novelas de Hammett? Eso podría ayudar porque..." Él me interrumpió, haciéndome un guiño conspiratorio: "¡Sé exactamente lo que quieres decir, no te preocupes!" Ese día partió para Nueva York y algunas semanas más tarde el correo me trajo su introducción. Posteriormente él publicó el original en uno de los últimos números de *Masses & Mainstream*. En el argot estalinista tales textos fueron llamados "condones": la integridad política de sus autores —como un condón— protegía la obra bajo inspección contra las virulencias de las acusaciones ideológicas. Supuestamente, el inventor del "condón" debió haber sido un soviético —Karel Čapek (*R.U.R.*, *La vida de los insectos*)



se salvó de ser hundido por los acérrimos estalinistas checos gracias a un investigador literario soviético, Sergei Nikolski, quien maquilló su anticomunismo haciendo incapie (muy exitosamente) en su antifascismo. *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury se hizo aceptable en Checoslovaquia mediante un elogio soviético y su subsecuente publicación, y fue gracias a un "condón" polaco que logramos publicar *The loved one* de Waugh. Pero en el caso de Hammett un comunista norteamericano era suficiente. De cualquier modo, el editor en jefe probablemente consultó al Ministro del Interior.

Sin embargo, el *affaire* Hammett sucedió cuando el *socrealismo* estaba ya en declive y las casas editoras e impresoras comenzaban a recibir más y más cosas bastante placenteras para leer. Aunque Alexander Abusch, el Ministro de Cultura de Alemania Oriental, aún sostenía que William Faulkner era racista, reaccionario, y oscurantista (los prusianos tienen una testaruda proclividad hacia la ortodoxia), uno podía agregar al reporte personal recomendando a Faulkner para la traducción checa un "condón" impreso bajo el "libreto" de los rusos, y eso surtió efecto. Y nunca más fue difícil explicar que la asignación de Hemingway en la CIA cazando submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial no debía ser considerada necesariamente demasiado comprometedora; o que *The Myster-*

*rious Stranger* no era un testimonio del escepticismo de Mark Twain acerca de la raza humana, sino simplemente señal de su desencanto por el hombre capitalista.

Por aquella época publiqué mi primera novela, *Los cobardes*, y perdí mi empleo. Sin embargo, *Los cobardes* me hizo popular, así que cuando se levantó la prohibición yo estaba abrumado con demandas de artículos, publicaciones, revistas, entrevistas e incluso guiones de cine. Pronto tuve tanto que escribir que no tenía tiempo de sobra para leer. La literatura como placer se convirtió en algo que yo podía soñar pero de lo que raramente podía darme el lujo.

1968 llegó y se fue. Mi esposa y yo emigramos a Canadá, donde durante algunos primeros años tuve otra vez demasiado que escribir —aunque por diferentes razones— y por consiguiente carecí del tiempo suficiente para leer. Exceptuando los libros académicos que *debía* estudiar para preparar mis clases. Por primera vez en mi vida adulta vivía en un país sin censura. Todas esas cosas e historias y sentimientos dispersos en largos años de supervisión de prensa y autocensura dentro de los más remotos escondites de mi cerebro hicieron erupción en forma de larguísima novela que toman un tiempo extraordinario para ser escritas.

Eventualmente, las novelas me dieron cierta notoriedad en Norteamérica, que fue seguida por las demandas de artículos, publicaciones, revistas, entrevistas e incluso guiones de cine. Encima, mi mujer concibió la terrible idea de fundar una editorial en lengua checa y que todos los cientos de escritores checos y eslovacos prohibidos por el gobierno realistasocialista tuvieran una oportunidad de ver sus obras en prensa. Sin preguntarme si estaba de acuerdo o no (en un verdadero arranque agresivo-feminista), ella me hizo su editor y pronto una montaña de manuscritos, muchos de ellos copias al carbón de la décima generación (¡intenten leerlos!) se derrumbó sobre mi escritorio.

Desafortunadamente, me convertí en uno más del siempre creciente grupo de hombres y mujeres que no leen más por placer. Casi estamos atrapados por la trampa de la lectura.

Pero aún tengo los momentos de exquisito placer que la literatura puede ofrecer a un hombre. Cuando pesco un catarro y me sube la temperatura, o cuando he limpiado mi escritorio de todas las obligaciones de lectura y escritura y sufro otro ataque de optimismo —que desde ahora en adelante debo declinar todas las solicitudes de artículos y que debido a la presión de Gorbachev las puertas de las editoriales de Praga serán abiertas a los Kunderas, Valculíks, Havel y Kriseovás del *underground* checo y que los servicios de nuestra editorial en Toronto no serán necesitados por más tiempo—, siempre que me hipnotizo con este tipo de falsa conciencia, voy por un libro de Henry James. Al recorrer las páginas de su magnífica, serena, recargada prosa, de cuyas cadencias (e ideas) surge un mundo que no está más y que nunca estará de nuevo, siento la vieja, intensa delicia que solía sentir como niño bajo la sábana o como candidato a la muerte con el único deber de sobrevivir: esa suprema dicha de leer por placer y por ninguna otra razón en el mundo. ♦

De *Antaeus*